

# Globalización y socialización. Fortalezas y «debilidades» del socialismo

ROMÁN GARCÍA BÁEZ\*

## Resumen

En el presente artículo se parte del carácter objetivo e irreversible del proceso de globalización, cuyo centro es la relación orgánica entre socialización de la producción e internacionalización, al caracterizarse la socialización como fusión gradual de procesos productivos aislados en un proceso social a escala nacional e internacional. Se plantean cinco hitos en su devenir histórico: Revolución Industrial; monopolios (capital financiero); monopolios internacionales; capitalismo monopolista de estado (globalización «keynesiana») y globalización neoliberal. Este preámbulo tiene como propósito incursionar, por primera vez, en la génesis de la «globalización» socialista, los logros incuestionables del socialismo, las falsas fortalezas y la incidencia negativa, en lo teórico y lo práctico, de identificar socialización con propiedad estatal. Por último, se esbozan los retos del socialismo en el siglo XXI, donde el hombre nuevo tendrá que vencer, en toda la línea, al homo economicus.

**PALABRAS CLAVE:** debilidades, fortalezas, globalización, hombre nuevo, internacionalización, socialismo, socialización.

## Abstract

*The present article deals with objective and irreversible character of globalization process, whose core lies in the organic relationship between production's socialization and internationalization, when characterizing socialization as a gradual alliance of isolated productive processes in a national and international scale social process. Historically, there are five milestones: industrial revolution; monopolies (financial capital); international monopolies; State monopolist capitalism ("Keynesian" globalization) and neoliberal globalization. Such introduction is aimed at mainly explore in socialist "globalization" genesis, the undisputable gains of socialism, the fake strengths and theoretical and practical negative influence, when identifying socialization and state property. Finally, 21st century socialism challenges are pictured, a context in which the "new man" will have to fully overcome homo economicus.*

**KEYWORDS:** weakneses, strengths, globalization, new man, internationalization, socialism, socialization.

\* Doctor en Ciencias Económicas. Ministerio de Educación Superior, La Habana. Contacto: roman@reduniv.edu.cu.

Este trabajo pretende una primera aproximación a la relación entre globalización y socialismo, para lo cual fue imprescindible retomar el concepto de globalización intrínseco al capitalismo. Ese marco general resultó necesario para acercarme al objetivo cardinal que consistió en desentrañar qué fortalezas reales del socialismo han quedado en pie después de todas las vicisitudes, cuáles eran «superioridades» falsas y qué se ha «globalizado» a escala mundial. Es ineludible para los economistas políticos cubanos enfrentar este «balance» y situar en su justo lugar lo verdadero y lo tergiversado de las experiencias socialistas. Se destaca la importancia de tomar en cuenta las tendencias reales del comportamiento humano en la transición socialista, a lo que denomino, sintéticamente, «hombre nuevo» *versus* «homo economicus». Estamos obligados a separar lo real de lo falso por múltiples razones, en primer lugar por su importancia teórica y práctica para la actualización, reforma o rediseño del modelo económico cubano actual.

El nudo teórico de este texto parte de la categoría socialización de la producción. A partir de ella, y tomando como base la dialéctica de la contradicción fundamental del capitalismo, se muestra su relación orgánica con el proceso gradual de globalización. Desde esa lógica se evalúa qué sucedió en la práctica socialista con la dualidad socialización de la producción y socialismo. Por último, se destaca la importancia de los procesos alternativos a la globalización neoliberal que se gestan en América Latina.

## Globalización y capitalismo

La base conceptual que defiende es considerar la globalización neoliberal como el nivel más alto alcanzado de internacionalización y socialización de la producción y del capital. Por tanto, para desentrañar el «lugar histórico» de la globalización hay que ir a la génesis y desarrollo del ininterrumpido proceso de socialización, con hitos históricos que marcan grados cualitativamente nuevos de su ensambladura con la internacionalización. En mi criterio, ellos son: la revolución industrial (maquinaria y gran industria); el surgimiento de los monopolios (capital financiero); monopolios internacionales (transnacionales); capitalismo monopolista de estado y globalización neoliberal. Esta esquemática periodización tiene solo el propósito de destacar las raíces y objetividad económica de la etapa actual.

La globalización ha sido un proceso único, donde cada etapa ha estado marcada por cambios trascendentales en las fuerzas productivas y en el grado de centralización del capital, por lo cual la globalización

del capital debe caracterizarse como dimensión de la contradicción fundamental del capitalismo. No son dos procesos paralelos. La producción se va haciendo cada vez más social e internacionalizada, y la apropiación de sus resultados es más privada a una escala global. Es un proceso integrado y único. Cada hito marca un momento cualitativo nuevo de socialización de la producción y del capital y, a su vez, de su expansión y dominio mundial.

Con la gran industria, por primera vez en la historia el proceso de producción mismo adquirió carácter social, determinado por la interdependencia y concatenación que se logró para crear un producto o servicio a partir de novedosos medios de trabajo y en la propia escala de la empresa. Veamos qué dice Marx (1973): «si el régimen de producción capitalista se nos presenta, de una parte, como una necesidad histórica para la transformación del proceso de trabajo en un proceso social, por otra parte, esta forma social del proceso de trabajo aparece como un método empleado por el capital para explotarlo con más provecho, intensificando su fuerza productiva» (p. 289).

En cada fábrica el proceso de producción se hizo «tecnológicamente» social. Por primera vez, desde el punto de vista técnico, se hace indivisible la gran propiedad. Ya es imposible fragmentar en «pequeñas» parcelas la propiedad capitalista, lo cual sí era potencialmente viable en la etapa de la manufactura. Cada eslabón productivo es orgánicamente dependiente del otro, no importa la escala de la empresa y propiedad. Esa división interna del trabajo implicó la socialización gradual del proceso de producción, en la medida en que la supeditación del trabajo al capital pasaba de formal a real. Esto significó, para la naciente clase obrera –tuviese conciencia o no de ello– que la única solución posible a su *status* económico era apropiarse, en su momento, de esa gran propiedad ya socializada y convertirla en social, imposible de subdividir; con ello se descartaba, económica y técnicamente, la posibilidad de lucha por la pequeña propiedad.

Volvamos a Marx (1973) cuando hace referencia a ese proceso de acumulación del capital:

Con las órbitas de la pequeña industria y del trabajo domiciliario, destruye los últimos refugios de la población sobrante y, por tanto, la válvula de seguridad de todo el mecanismo social anterior. Y, al fomentar las condiciones materiales y la combinación social del proceso de producción, fomenta las contradicciones y antagonismos de su forma capitalista fomentando, por tanto, al mismo tiempo, los elementos creadores de una sociedad nueva. (p. 452)

Esta y no otra es la fundamentación de su afirmación de que, con la creación de sus propias bases técnicas, el capitalismo había creado su propio sepulturero.

Posteriormente, el proceso no ha sido más que «grados» de la inevitable socialización, que, para profundizar y ampliarse, dan un salto, lo que permite que se acreciente con los monopolios y con la internacionalización del capital financiero. Se crean, así, sus bases en el siglo XIX con el proceso indivisible de completamiento del mercado mundial y neocolonización del resto del planeta por las metrópolis imperialistas.

De esta manera, la globalización, hoy neoliberal, no es más que una escala cualitativamente superior, internacional, global, del proceso de interdependencia productiva y financiera nacido con la Revolución Industrial. A su vez, la internacionalización del capital ha sido un instrumento poderoso decisivo que ha acelerado a niveles anteriormente inconcebibles la socialización de la producción y el capital.

Esta tendencia se dinamiza a partir de los años setenta del pasado siglo, con la imposición de políticas neoliberales desde las metrópolis. Había fracasado su precedente inmediato, que podemos denominar «globalización keynesiana», en contraposición a la alternativa económica que se le impuso –el neoliberalismo– y que le dio apellido a la etapa iniciada en los años setenta. No pretendo acuñar un término, solo delimitar que existe un hito precedente interconectado con el capitalismo monopolista de estado.

Como sabemos, fue precisamente en América Latina –como resultado del agotamiento de la estrategia desarrollista, basada en un modelo de acumulación con fuerte intervención estatal– donde se abrieron las puertas a las políticas neoliberales, que tenían como soporte dictaduras fascistas. Con ello se disparó el dominio de las empresas transnacionales a escala planetaria y se generó un nivel nunca antes visto de concentración y centralización de la producción y del capital financiero. Pero la esencia no podía cambiar: de la modesta fábrica de mediados del XIX se ha pasado a «grandes fábricas» cuyos eslabones se encuentran dispersos por todo el globo, bajo formas tangibles e intangibles. Es otra escala de un proceso único, continuo, de grados superiores de socialización del capital como forma histórica y específica de esa tendencia objetiva, que radica en la fusión de procesos aislados de producción de diferentes ramas de la economía, en un solo proceso social, tanto a escala nacional como internacional.

Desde su génesis, el proceso de internacionalización del capital abarcó todas las esferas que le permitieron obtener su objetivo cardinal: la maximización creciente de la ganancia. Este objetivo rector solo es

posible de alcanzar explotando a las clases trabajadoras y expoliando naciones. Para lograrlo, la dominación internacional, que no es interdependencia, tiene que ser multilateral, ya que es ideológica, económica, militar, política, tecnológica, mediática y cultural.

El capitalismo, desde la llamada «acumulación originaria» hasta hoy, no ha dejado de dominar todos los resortes que permiten garantizar esos objetivos. De manera particular lo ha hecho en la era neoliberal de esa globalización, por ser precisamente el neoliberalismo la quintaesencia descarnada del capitalismo, que impone a escala mundial el individualismo mercantil y la obtención de la ganancia como único incentivo económico, cultural y político. Es, en esencia, la extrapolación directa –a escala nacional e internacional– del interés mezquino, limitado e individualista del empresario del capitalismo.

Para algunos se ha sobredimensionado la capacidad de «globalizar» que tiene el capitalismo y consideran un exceso todas las valoraciones, pero lo único evidente es el dominio y liderazgo absoluto del imperia-lismo yanqui. Para otros se están produciendo cambios en las metrópolis y en la periferia que han conducido a una mayor intervención estatal en la economía, lo que ha generado una atenuación de las políticas neoliberales. Sin dejar de reconocer que hay aristas válidas en dichas aseveraciones, el hecho cierto es que el movimiento internacional del capital financiero se mantiene totalmente controlado y en función de los grupos monopolistas que preconizan y hacen aplicar políticas neoliberales como única receta.

## Globalización y socialismo

Lo anteriormente mencionado reafirma que la interconexión entre socializar e internacionalizar es un proceso que surge y se desarrolla desde el capitalismo, por lo cual, lógicamente, la globalización es desde la óptica del modo de producción. Sin embargo, es imprescindible realizar los primeros acercamientos a la relación entre globalización y socialismo teniendo en cuenta el carácter multilateral de ese proceso, al cual no escapó el «socialismo real», autodenominado así, no en contraposición al capitalismo, sino a los gobiernos y procesos liderados por la socialdemocracia en varios países europeos. Su desmoronamiento no tuvo en los factores externos las causas de su derrumbe. No fue la presión y competencia del capitalismo, fueron los errores y los factores internos, así como el modelo impuesto, los que generaron los cambios.

Se debe partir de una idea obvia, pero clave: la propia mundialización del capitalismo, al internacionalizar inevitablemente sus contradicciones, expandió la necesidad objetiva de su sustitución por

un sistema diferente y superior a escala de todo el planeta. Como parte de ese proceso la creciente socialización de la producción y el capital creaba –crea– las condiciones objetivas para el tránsito al socialismo. ¿Pero cuál socialismo?, ¿cómo acceder a esa nueva sociedad? Son interrogantes que trazan líneas divisorias bien definidas en cuanto a planteamientos políticos, pero que no niegan el papel de la socialización de la producción y del capital en la creación de la necesidad objetiva y posibilidad del cambio.

Con la Revolución de Octubre la humanidad constató que el socialismo era posible. Ese hecho, no importa lo que sobrevino después, marcó el inicio de la futura globalización del socialismo. Comenzaron también las revoluciones en condiciones diferentes a las previstas por Marx. La propia Rusia, considerada por Lenin «el eslabón más débil de la cadena imperialista», tenía un relativo nivel de desarrollo capitalista muy dependiente de otras metrópolis, sobre todo en Moscú y San Petersburgo, porque el resto del inmenso imperio se encontraba, en todas las esferas, en el más absoluto atraso.

No fue la contradicción entre socialización capitalista y apropiación, cada vez más privada, la causa objetiva directa del cambio revolucionario en Rusia, como no lo fue en ninguna otra de las revoluciones acaecidas. Se truncó, en la práctica, la conceptualizada conexión umbilical entre la socialización gestada en el capitalismo y la revolución socialista. ¿Qué sucedió entonces en la teoría económica soviética, seguida por muchos de nosotros? Comenzó a enfocarse el concepto de socialización como un proceso propio, nuevo, diferente, único del socialismo, a partir del surgimiento de la propiedad estatal socialista, sin vínculo con los modestos procesos de socialización capitalista que se gestaban en los países donde se instauraron estados de corte socialista.

Esto explica, al menos en mi opinión, que en la literatura económica marxista no abundan los trabajos sobre la categoría socialización, enfocada como un proceso que, inevitablemente, se inicia en el capitalismo y continúa en la transición al socialismo. Es, incluso, estéril la búsqueda de una definición precisa sobre el término. La génesis de la categoría y teorización para el socialismo se encuentra en lo expresado por Lenin en su medular trabajo «Las tareas inmediatas del Poder Soviético», cuando, desde la temprana primavera de 1918, aseveró y pronosticó, con su genial agudeza, que en la construcción del socialismo «La dificultad principal reside en el terreno económico: llevar en todas partes una contabilidad y un control riguroso de la producción y la distribución de los productos, aumentar la productividad del trabajo, socializar la producción en la práctica» (Lenin, 1977, p. 92).



A partir de ahí, la difícil y crucial tarea de «socializar la producción en la práctica» ha tenido su expresión teórica en las más disímiles variantes. Como regla se ha considerado sinónimo de estatización, es decir, socialización como ampliación de la esfera de acción de la propiedad estatal. A partir de esa lógica, con posterioridad, se generalizó la diferenciación entre socialización formal y socialización real, la primera referida a la nacionalización, y la segunda, en esencia, asociada a lo que se denominó, en la literatura soviética, realización de la propiedad socialista, es decir, cómo llevar a cabo la economía socialista, para lo cual es imprescindible que el obrero actúe, se sienta y, sobre todo, sea propietario real de los medios de producción. Si eso no sucede la socialización no evoluciona de formal a real, y entonces la construcción del socialismo se estanca o se derrumba.

Algunos hemos utilizado también una categoría intermedia entre la socialización formal y la real, a la que hemos denominado socialización burocrática o autocrática, con el objetivo de enfatizar que la llamada socialización formal no solo puede estancarse, sino conducir a algo más peligroso: la negación de las posibilidades de realización de la propiedad socialista (García Báez, 1996, p. 47). Hoy también parecen inexactas estas conceptualizaciones. La socialización no puede ser formal y mucho menos burocrática.

Se perdió la conexión lógica entre el proceso objetivo de socialización de la producción, que nació en el capitalismo, y su nueva dimensión en el socialismo, donde deberá alcanzar grados considerablemente superiores. Retomemos la definición de socialización que planteé anteriormente: la fusión de procesos aislados de producción de diferentes ramas de la economía, en un solo proceso social, tanto a escala nacional como internacional. Por supuesto, se pudiera enunciar de otra manera, pero lo importante es que resalta la objetividad de la «fusión» de los diversos procesos económicos. En el capitalismo esa «fusión» se ve frenada por la propiedad privada, mientras que en el socialismo la propiedad debe sentar las bases para que la interconexión objetiva alcance su total plenitud. Es en ese sentido que se da la relación orgánica entre socialización y propiedad estatal. La primera, reitero, es un proceso objetivo que, como señalé antes, se inició con la industria capitalista en el siglo XIX y, por tanto, asume un carácter capitalista y continúa en la transición socialista donde se eliminan gradualmente las causas de su contradicción genética.

## Fortalezas y «debilidades» del socialismo

Hechas estas consideraciones acerca de la conexión orgánica entre socialización y socialismo, se impone realizar un primer acercamiento

hacia el «rescate» de aquellas fortalezas reales que el socialismo objetivamente ha demostrado. En un primer intento el «inventario» era extenso. Prefiero esbozar las que considero incuestionables a pesar del derrumbe del llamado socialismo real. Es un campo de estudio que requerirá de profundas investigaciones.

Se impone entonces la siguiente interrogante: ¿qué ha quedado realmente en pie del socialismo conocido? En primer lugar, el proyecto socialista demostró que la voluntad política a favor de los humildes puede ser, en sí misma, un factor de desarrollo. Los cambios trascendentales que se dieron en la estructura económica y en los ritmos de crecimiento en la Unión Soviética, en el este europeo, China, Vietnam y Cuba, todos países con un bajo nivel de desarrollo, produjeron transformaciones económicas decisivas en un corto periodo de tiempo; las cifras y los hechos así lo demuestran. El ejemplo más evidente fue la propia Rusia, que se convirtió, sin duda alguna, en una potencia industrial de primer orden. En segundo lugar, se corroboró en la práctica, amén de errores de toda índole, que es factible lograr una distribución diferente, más justa, de la riqueza. En la práctica se dieron los primeros pasos para convertir esa utopía en realidad. No hablo de equidad, igualdad, lo cual es imposible de alcanzar, sino de un nivel de justicia social que rechaza la polarización y la exclusión.

Las inevitables diferencias de ingresos que se dieron y se dan en la transición al socialismo, tanto las fundamentadas económicamente, como las derivadas de los grados de corrupción y privilegios injustificados, aunque irritantes, no son comparables con las abismales y crecientes diferencias congénitas a la propiedad privada y abiertamente ostentadas en la sociedad capitalista. A diferencia del camino seguido por el capitalismo, el proyecto socialista prestó especial atención al desarrollo social aun sin tener, en ocasiones, el respaldo económico necesario. En tercer lugar, aunque con importantes limitaciones, también mostró, con hechos, que se podían establecer relaciones económicas a escala internacional basadas en la colaboración y la ayuda mutua. El sistema socialista comprendía no solo a los miembros del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), sino también a China. La Unión Soviética era la sexta parte del mundo. La población de China es casi la cuarta parte de la población mundial; la extensión geográfica y población total de los países que transitaban al socialismo era entonces significativa. ¿Había una «globalización» interna? Por encima de errores e intereses nacionalistas ajenos al socialismo en algunos países, es inobjetable que las relaciones económicas internacionales en lo interno del campo socialista, más allá del CAME, con todas las limitaciones conocidas eran



superiores a las del capitalismo. En particular se destacaron los vínculos especiales con los países del sistema con menor nivel de desarrollo: Mongolia, Vietnam y Cuba. Hubo entonces el inicio de un proceso de «globalización interna» a escala del entonces sistema socialista, con cierto nivel de irradiación hacia un grupo de países subdesarrollados. Se creó y socializó, a nuestro criterio, el germen de la futura división internacional del trabajo.

Pero el campo socialista no podía «internacionalizar», «globalizar» su modelo económico, de manera parcial o total. Los factores que lo explican son conceptuales y circunstanciales. Sin propiedad socialista no pueden introducirse cambios «socialistas» en el mecanismo económico capitalista, al menos en la concepción que compartimos; hay otras que sí lo consideran posible. No obstante, en dos momentos históricos –durante la crisis mundial de los años treinta y en la posguerra–, hubo un reconocimiento tácito de la importancia económica de la planificación a escala nacional. Después degeneró todo ese proceso, tanto en el socialismo conocido como en el capitalismo.

En lo circunstancial, el campo socialista constituido por países de bajo y medio nivel de desarrollo económico nunca marcó la pauta en las relaciones económicas internacionales. No había tal emulación económica entre los dos sistemas. El capitalismo mundial no lo tomaba en cuenta como factor de competencia económica, sobre todo por su escasa capacidad competitiva, pero sí existía el germen de una división internacional del trabajo diferente, opuesta a la capitalista. De esa forma, las tres fortalezas que el socialismo conocido ha demostrado son: la voluntad política como pivote para el desarrollo económico a favor de los trabajadores; la posibilidad real de materializar una distribución diferente, más justa de la riqueza social; así como la instrumentación de una división internacional del trabajo basada en la ayuda mutua. Tal vez pudieran defenderse también otras, pero se corre el peligro de caer, de nuevo, en apologías extemporáneas. Por supuesto, ni estas tres ni ninguna otra han sido reconocidas internacionalmente.

Se impone otra interrogante: ¿qué ha sido «internacionalizado» del socialismo? Sin pretender realizar un recuento de las insuficiencias reales –negadas por las posiciones apoloéticas–, ni de las intencionalmente cuestionadas por sus eternos detractores, no hay dudas de que el dominio mediático del capitalismo, apuntalado posteriormente por el derrumbe del modelo eurosoviético, internacionalizó a escala mundial todo lo supuestamente negativo del socialismo, tanto lo real del modelo implantado como lo ficticio y, de esta manera, ha ido borrando aquellos baluartes incuestionables que presentan el socialismo como sistema social.

Se ha generalizado, particularmente, la idea de que el socialismo es la negación de la democracia, no de la burguesa, sino de la democracia como sistema universal, que para los ideólogos del capital es precisamente la burguesa. A ello contribuyó, sin duda alguna, el «propio» socialismo a partir del modelo socioeconómico diseñado y aplicado. Es, por razones obvias, en lo político, la crítica más acuciante y difícil de revertir, pero no puede ser a la riposta, sino partiendo del propio Marx, quien en el *Manifiesto del Partido Comunista* trazó la esencia de la nueva sociedad: «una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos» (Marx y Engels, 1971). Hay suficientes verdades para continuar defendiendo que esa sociedad es posible, a pesar de que se ha internacionalizado la vieja concepción decimonónica de que el socialismo no es posible en lo económico, dada la naturaleza esencialmente individualista del ser humano. Se debe reconocer que la búsqueda de la verdad «científica» sobre esto ha estado permeada, en todas las posiciones, por factores extraeconómicos. Para la teoría económica capitalista, desde el liberalismo al neoliberalismo, esa esencia individualista del hombre, supuestamente racional, como homo economicus, es su principal –única– virtud y motor del desarrollo. No lo oculta, al contrario, lo proclama, lo airea con orgullo, afirmando en las «elecciones» económicas, en las decisiones, está descartada la ética. Esta tendencia del ser humano, por supuesto, no absoluta, ha tenido su contrapeso en las posiciones humanistas.

En particular las doctrinas religiosas, de toda índole, han estado dirigidas de una u otra manera a contrarrestar esa inclinación egoísta del ser humano y todas proclaman, en sus diferentes acepciones, el amor al prójimo u «ofrecer la otra mejilla».

Los socialistas –digamos ortodoxos– no le prestaron atención a ese elemento esencial. Se debatieron en que la solución en lo económico, la fórmula, radicaba solo en la «conjugación» del interés individual, el colectivo y el social, a partir de un modelo económico que los integrara armónicamente. El Che sí se percató de lo cardinal del cambio, de ahí su insistencia profética en moldear «el hombre nuevo», ya que sin él no habrá socialismo. Por supuesto, es posible lograrlo, siempre y cuando se reconozca abiertamente que la transición al socialismo tiene que enfrentar, todo el tiempo, la tendencia egoísta del ser humano, condicionada por siglos de explotación y propiedad privada. Sabemos que el «hombre nuevo» podrá vencer al homo economicus.

No menos generalizada ha estado la concepción de la imposibilidad del logro, por el socialismo, de una alta eficiencia económica, al negarse «la iniciativa privada» como incentivo y motor absoluto de los cambios

y la innovación. Por tanto, se descalifica, a priori, la capacidad de eficiencia de la propiedad social. La economía política socialista ortodoxa –casi todos nosotros la ejercemos en una u otra escala– ha rebatido esto, y defiende, en el plano teórico, la superioridad absoluta en todos los órdenes de la propiedad socialista sobre la capitalista.

La contradicción entre propiedad colectiva y apropiación individual es objetiva y, reconozcámoslo, puede llegar a ser antagónica si la apropiación individual de los resultados no implica la real copropiedad sobre los medios de producción social. La propiedad socialista es base y condición de la eliminación de la explotación, de la planificación a escala social y, por tanto, de una distribución de la riqueza centrada en la justicia social. Estos tres rasgos la hacen indudablemente superior, en lo económico y en lo social, a todas las formas de propiedad anteriores; pero no lo ha sido en el plano de la operatividad económica de la empresa, como «alternativa» socialista a la «iniciativa privada» y garante de la necesaria eficiencia. Hay muchas causas objetivas que la limitan, entre ellas: la necesidad de priorizar el interés social sobre el individual, la supremacía de la centralización sobre la descentralización, la necesidad impostergable de satisfacer carencias sociales heredadas del capitalismo aun a costa de la eficiencia económica, la planificación y no el mercado como máximo regulador, etcétera. Ha habido muchas causas subjetivas que se centran en la utilización inadecuada de estas fortalezas de la propiedad socialista, lo cual se ha materializado en los diferentes modelos económicos. La unión de ambas causas limita la operatividad de los eslabones de base y, sobre todo, la capacidad de respuestas inmediatas y eficientes ante cada hecho económico. Si no se reconoce esa debilidad, no se podrá enfrentar.

Estas y otras razones me condujeron a afirmar en un trabajo publicado en el año 1995 que:

La propiedad socialista tal y como fue concebida por los clásicos no ha existido. Ese ideal es un objetivo a lograr, sin desconocer que la propiedad estatal es la forma embrionaria conocida. Las formas que asumirá la propiedad socialista son disímiles y no totalmente previsibles. A su vez cualquiera de ellas, la más acabada, no puede presuponerse que será de inmediato, superior, en todas las facetas a la capitalista. Sólo la propiedad comunista será absolutamente superior a la capitalista, ya que es su opuesto, su negación. La socialista es aún transición entre ambas. (García Báez, 1996, p. 46)

Por otra parte, el válido centralismo democrático devino, muchas veces, economía de «orden y mando», con lo cual se crearon las «bases

objetivas» para que la economía socialista se identificara, en un sentido peyorativo, con la planificación centralizada, y esta, a su vez, con la causa directa de la ineficiencia económica. Se trastocó una relación económica positiva y necesaria en todo lo contrario. Por lo tanto, la baja productividad se asoció al socialismo como sistema y no a un modelo económico específico que reproducía siempre una crónica producción deficitaria, donde la demanda supera la oferta y con ello, inevitablemente, se ha asociado el socialismo al subconsumo, al racionamiento, a productos de baja calidad y a la subsistencia.

Con independencia del modelo económico que se aplique, uno de los retos de la transición al socialismo radica en cómo materializar el vínculo, la conexión económica entre las diferentes formas de propiedad (estatal, capitalista, cooperativa, pequeña propiedad privada, mixta) y dentro del propio sector estatal de economía. ¿Por qué es este y no otro el reto económico mayor? La respuesta es sencilla, no así la solución, porque en ella necesariamente interviene el mercado. Esta es la manzana de la discordia; por ahí pasa y pasará toda la polémica acerca del modelo económico idóneo.

El capitalismo surge, entre otras causas, debido al desarrollo de la producción mercantil simple y tiene ahí la base y «envoltura» de su desarrollo, ya que la esencia es la explotación de la clase obrera. Por tanto, es un axioma aceptado que el mercado, cualquiera que sea, engendra inevitablemente capitalismo y corrupción. Se asocia el dinero como el caldo de cultivo para el resurgimiento del individualismo, el egoísmo, la «metalización» de las conciencias, con lo que se perdería el rumbo socialista.

Para algunos, la excesiva utilización de lo que el Che Guevara denominara «las armas melladas del capitalismo» fue la causa económica fundamental del derrumbe del llamado socialismo real; por ende, mercado y socialismo se han percibido siempre como antagonicos.

Al margen de la ya, al parecer, bizantina controversia, es inevitable el mercado para lograr los vínculos horizontales entre las diferentes formas de propiedad que se mantienen en la construcción socialista, y que no sea solo de cada una de ellas con las instancias económicas gubernamentales. Pero sobre todo, aunque parezca una antinomia, lo es también para garantizar, durante un impredecible periodo, la eficiencia de la propiedad estatal, su superioridad y papel rector sobre el resto de las formas de propiedad. Si la propiedad estatal no logra ser más eficiente, no será rectora y no podrá integrar y vencer en la competencia con las demás formas de propiedad, como lo hizo la propiedad capitalista en su transición.

## Retos actuales

El rechazo de los pueblos a las políticas neoliberales es la nota esperanzadora de esta etapa. En América Latina así lo han evidenciado los procesos eleccionarios en Venezuela, Bolivia, Nicaragua y Ecuador. Cada uno tiene características muy diferentes, pero comulgan con la posición de emprender caminos alternativos al neoliberalismo, para algunos dentro del capitalismo, para otros, opuestos al capitalismo, cercanos a una vía de tendencia hacia el socialismo, su socialismo. Este ha sido el primer impacto. Como rechazo al neoliberalismo se está produciendo, en muchos países, una contraposición al capitalismo como sistema y no solo a su política económica más agresiva y reaccionaria.

Como se parte del subdesarrollo, el nivel de socialización de la producción y del capital es bajo. Al no tener sentido económico estatizar lo que no está socializado antes, primará la heterogeneidad de formas de propiedad. El reconocimiento de ellas en la transición al socialismo, incluida la propiedad capitalista, no es resultado de la globalización neoliberal y de la dejación de los principios socialistas, sino la aplicación consecuente de la dialéctica marxista-leninista y las experiencias anteriores, tanto las fracasadas como las triunfantes.

Por supuesto, la escala de esa heterogeneidad estará determinada por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas en cada país y del grado de socialización de la producción y el capital; todo ello enriquecido, ampliado, por la necesidad de capital, mercados y tecnologías en manos, esencialmente, del capital internacional. Ambos factores, la necesidad de la heterogeneidad socioeconómica y la inserción en la economía capitalista internacional, están imbricados.

Como resultado de todos estos procesos, se ha hecho necesario comenzar a reevaluar el concepto de justicia social en el plano económico y especialmente en lo relacionado con la distribución con arreglo al trabajo. Pero no es suficiente; es imprescindible centrar la atención en las relaciones de redistribución de la riqueza, al aumentar y variar los actores sociales, las fuentes de ingresos, su peso relativo. Con ello el enfoque no puede basarse solo en la teoría socialista clásica, al asumir un peso enorme otras fuentes de ingresos no vinculadas con el trabajo aportado en el sector estatal socialista. La redistribución de la riqueza tiene que pasar a un plano superior.

El peligro de que estas asimilaciones y vínculos erosionen el rumbo socialista es innegable, por lo cual todas las medidas profilácticas que se tomen serán pocas. En particular, ha habido un impacto total sobre el concepto de planificación: el plan y su lugar en la economía socialista. En los casos de Vietnam y China, la dicotomía entre plan y mercado

se ha minimizado al producirse un desplazamiento evidente hacia el papel cada vez más regulador del mercado, a partir de las reformas marcadas por la inserción de estos países en el mercado internacional. Ese necesario equilibrio entre ambos elementos, sin dudas, ha tomado otro derrotero que no es resultado de la evolución endógena de esa contradicción.

Lo anterior ha repercutido en la implementación, en esos dos países y en menor grado en Cuba, de medidas económicas ineludibles que han erosionado el paradigma de justicia social, tal vez idealizado, asociado al socialismo. Esto ha reforzado lo iniciado desde el mismo derrumbe del llamado socialismo real, cuando el capitalismo, de manera oportunista, comenzó a internacionalizar su nuevo paradigma social. Me referiero a la teoría sobre el desarrollo humano. A escala planetaria «globalizó» la idea de la posibilidad del «libre acceso de oportunidades a todos los miembros de la sociedad para su reproducción y desarrollo», como concepto clave de la teoría sobre desarrollo humano, coronada a partir del año 1990 con un informe homónimo del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) de la Organización Nacional de las Naciones Unidas (ONU). Esta concepción se ha institucionalizado como ninguna otra. Aunque se puede coincidir con muchos puntos propugnados por esta posición, es innegable que constituye un ataque sutil desde el capitalismo contra el socialismo, aun cuando se enmascare con una posición «autocrítica», ya que, en última instancia, preconiza que mientras más profundo, consolidado y abarcador es el capitalismo, más se propende al desarrollo humano y, con él, a la posibilidad de la igualdad y la equidad. Solo se trata de grados, niveles de «equidad», que borrarán de un plumazo las clases sociales y la explotación del hombre por el hombre. Este caballo de Troya que es el capitalismo, habrá que enfrentarlo de manera diferente a como los pueblos lo están haciendo con las políticas neoliberales. Es un cuestionamiento ideológico que no se puede eludir. Un valladar decisivo para su contención radica en la elevación de la eficiencia en los países que transitan al socialismo y, con ello, la consolidación de los niveles de justicia social.

¿Qué significación y consecuencias tienen estos retos para la construcción socialista en Cuba? En el orden práctico, en la medida en que la propiedad estatal abarca los sectores claves de la economía, su ineficiencia condiciona un déficit de productos y servicios, el cual afecta el nivel de vida de la población y las tasas de acumulación productiva. Esto ha conllevado que los propietarios y muchos trabajadores no estatales, como regla, tengan ingresos y, por tanto, un nivel de vida superior a los trabajadores del sector estatal. Por ende, los niveles salariales actuales,



en su relación con los precios de todos los tipos de mercados –con excepción del normado–, pueden acarrear, por primera vez en el periodo revolucionario, que la cuantía de dinero en manos de la población económicamente activa sea inferior a la oferta de bienes y servicios, con las consecuencias sociales que esto puede implicar y en el plano económico el deterioro global de la liquidez financiera.

Para revertir esa tendencia negativa será imprescindible un incremento crucial en el monto de las inversiones extranjeras y mayor apertura a vínculos económicos horizontales directos entre todas las formas de propiedad. Ambos elementos aparecen reflejados en los Lineamientos de la Política Económica y Social del Partido y la Revolución aprobados en el VI Congreso del Partido Comunista de Cuba (2011).

Aunque no se enfoca desde la propiedad estatal es, sin dudas, un paso importante con relación a la etapa anterior para el establecimiento de esos necesarios vínculos económicos. Ello acarreará mayor eficiencia, a partir de un proceso de reproducción ampliada a escala social, regido, cada vez más, solo por relaciones económicas sin otro tipo de interferencias.

Por otra parte, la Revolución Cubana –por su esencia– ha priorizado, desde sus inicios, la esfera social y así se mantendrá con la eliminación de las desviaciones injustificadas. Precisamente en esta esfera se ha demostrado la superioridad de lo socialista, de lo estatal, centrado en los fondos sociales de consumo, particularmente en los gastos en educación y salud pública. Sin embargo, al ser gratuitos, y así debe ser, benefician a todos sin distinción, con independencia del *status* clasista o de ingresos. Por tanto, esos fondos sociales no estimulan, en el plano del interés económico individual, a los obreros estatales a trabajar más y con mayor eficiencia. En el plano ideológico sí son un fuerte resorte de motivación hacia el socialismo, pero no lo son en el económico. Es una contradicción que solo puede aminorarse logrando mayor racionalidad en sus gastos y, sobre todo, en la prioridad consciente, planificada, diferenciada, cuando sea posible, de la clase obrera y los sectores más desvalidos.

En el orden ideológico, los efectos negativos de las necesarias medidas económicas adoptadas son más graves, pues han erosionado la conciencia social, al convertir lo individual, lo privado, en paradigma y solución para muchos. La única salida es crear los mecanismos que garanticen ser más eficientes, siendo más socialistas, como soporte económico de la epopeya más compleja e infinita de moldear, día a día, un «hombre nuevo» que vaya extirpando el persistente *homo economicus*.

La globalización es un hito del proceso de socialización de la producción y el capital iniciado con la Revolución Industrial. La internacionalización del capital es, a la vez, resultado y acelerador clave de la socialización y, por ende, de la globalización. La experiencia socialista internacionalizó, a lo interno de su sistema, el embrión de una globalización diferente. Es imprescindible continuar realizando investigaciones al respecto.

Es de particular importancia retomar la relación entre el proceso de socialización que se da en el capitalismo y su continuidad en la transición socialista, ya que ese hilo conductor se rompió en la teoría económica rectorada por los soviéticos, al convertir la socialización en sinónimo de estatización, con lo cual «desapareció» el proceso objetivo que se da en el capitalismo y continúa en la transición socialista. El intento de rescatar aquellos «logros» irrefutables de las experiencias socialistas, a partir de un análisis crítico de las «fortalezas» y «debilidades» reales del sistema, tiene especial significación económica y política.

En el trabajo se llama la atención sobre la importancia de retomar la relación entre el proceso de socialización que se da en el capitalismo y su continuidad en la transición socialista. Este hilo conductor se rompió en la teoría económica rectorada por los soviéticos, al convertir la socialización en sinónimo de estatización. De esa manera desaparece el proceso objetivo que se da en el capitalismo y continúa en la transición socialista.

Se deben rescatar aquellos logros irrefutables de las experiencias socialistas, a partir de un análisis crítico de las fortalezas y debilidades reales del socialismo.

## Bibliografía

- GARCÍA BÁEZ, R. (1996): «El derrumbe del modelo eurosoviético: coyunturas y esencias», en *El derrumbe del modelo eurosoviético: visión desde Cuba*, Editorial Félix Varela, La Habana.
- LENIN, V.I. (1977): «Las tareas inmediatas del Poder Soviético», en *Obras escogidas en doce tomos*, t. VII, Editorial Progreso, Moscú.
- MARX, C. (1973): *El capital*, t. I, Ediciones Venceremos, La Habana.
- MARX, C. y F. ENGELS (1971): «Manifiesto de Partido Comunista», en *Obras escogidas en dos tomos*, t. I, Editorial Progreso, Moscú.